

[36]

En igualdad de condiciones hay que darle prelación al nativo

Me llamo Emilio Zogby. Naci en 1939, en cualquier parte. Para los judíos soy árabe, para los árabes soy judío, para la gente en Barranquilla soy isleño, para los de San Andrés soy de Barranquilla. Mi abuelo era de Belén, de familia árabe y católica, y mi abuela tolimense, de esas liberales que le gritaban vivas a Gaitán. Toda la vida he estado asociado con judíos. En realidad, nací en Barranquilla. Llegué a San Andrés en 1965, a resolver un problema de la Caja Agraria. Aquí me quedé y ya llevo 37 años en la isla. He sido funcionario, político, comerciante y sobre todo periodista. Trabajé en Inravisión durante 14 años y fui su director en la isla. En 1978, me vinculé a El Espectador. Antes había estado con el Diario del Caribe por un tiempo. Caracol radio me pidió que hiciera un programa y conduje Opinión durante siete años. Luego, empecé con Opiniones en internet y como periódico. Llevo dieciocho años en la junta de la Cámara de Comercio, elegido por los afiliados.

Cuando llegué aquí, esto era una isla muy cosmopolita. Fue una época bonita. Había gente valiosa y estructurada de muchas partes del mundo. Existía la casa belga, la alemana, la argentina, la austriaca, la rusa, la checoslovaca, la italiana, la francesa, casas que se abrieron con el puerto libre.

Árabes y judíos

La comunidad árabe, como la judía, tienen como característica el nomadismo, que practican en los países a donde llegan como buenos negociantes, como gente que trabaja. Como en todo, entre ellos hay buenos, hay traviesos, hay trámpulos.

Los primeros árabes venían de Colombia, sobre todo de Barranquilla. Luego, empezaron a llegar directamente del Líbano. Los de antes se mezclaban más. Ahora, dentro de la comunidad árabe, si no se trata de árabes puros y musulmanes, ya no se los asume como árabes. En la época más boyante, los árabes llegaron a ser alrededor de 400 en San Andrés. Ahora no llegan a 100 personas y familias no hay 50. Muchos han emigrado. Eso es propio de los árabes pero también de la situación. Ellos siempre han querido contribuir y devolver algo de lo que han conseguido en la isla, y con frecuencia han asumido espontáneamente una mayor injerencia para apoyar a las clases sociales más necesitadas. Pero, cuando se necesita su cooperación económica, los han querido convertir en contribuyentes forzados de cuanta cosa se haga, mientras en otras oportunidades son ignorados y son más bien objeto de rechazo. Con esas actitudes no se los estimula para que se integren.

Los judíos, que venían de Barranquilla y de Cali, eran al comienzo mucho más numerosos que los árabes, pero tuvieron una deserción más rápida. Ahora los judíos son menos, sólo quedan como diez familias. En San Luis vivió un judío que fue el principal tendero y, como no circulaba moneda, el acuñó su propia moneda. Siempre fueron más ricos que los árabes, que llegaban con una mano adelante y otra atrás. Además, los almacenes de judíos eran muy bien instalados mientras que los árabes se dedicaban a la cacharrería. La deserción judía empezó antes que la de los árabes. Los de mayor poder económico se empezaron a ir. Y

mientras ningún judío se mezcló, sí hubo árabes casados con nativas, y al revés también hubo varios cruces. Las dos comunidades, árabe y judía, han sido muy cercanas en San Andrés. Tal vez en el momento más grave, en medio del conflicto árabe-israelí de 1967 y 1979, hubo distanciamientos. Ambas comunidades tienen mucho mérito en aventurarse en un país extraño, con una cultura, una lengua y una religión distintas, y a pesar de todo lograr hacer riqueza.

Funcionario, político y sobre todo periodista

Trabajé desde muy joven en la entidad de la que aprendí la mitad de lo que se, la Caja Agraria, la misma que acabaron los politiqueros. Yo era jefe de un departamento en Barranquilla y teníamos problemas con los balances de San Andrés, que llegaban equivocados. Me llamaron y me dijeron: ¿por qué no va a resolver el problema? Porque yo ya había estado en la isla en una semana santa. Me vine y le iba a llevar una vajilla a mi mamá. Pero ella se quedó esperándola. Estoy hablando del año 1965.

Acababa de suceder el cierre del puerto libre, en octubre de 1964. Me di cuenta de lo que estaba pasando en esta tierra, que era desconocida para los colombianos. Todo era desolación en el comercio en la 20 de julio, en los pocos hoteles. Entregué el reporte de lo que estaba pasando y me encargaron de reformar la oficina en la isla. Me encontré con algo característico y que aún perdura en las entidades del orden nacional. Manejando la entidad en contra de su querer y de su ambiente, tenían a un señor de un pueblito de Boyacá. El pobre hombre tenía una serie de problemas físicos, vivía en una neurosis total y quería salir como fuera de la isla. Para resolver su situación personal se lo trasladó y me dejaron encargado a mí, pero esa situación se volvió permanente porque me fui involucrando con la isla poco a poco. Me quedé y ya llevo 37 años.

Inicialmente, apoyado por Bogotá, tomé decisiones con las que intentaba llegar a la población del campo. Era muy joven, me relacioné mucho con la gente de la época, aprendí mucho de ellos, traté de entender la filosofía del ser isleño y también presencié un poco la indolencia que el mismo

medio ambiente sugería en esa época. Recién llegado aquí me impactó ver a un señor insultando a un muchacho de las cuadrillas que trabajaban en el aeropuerto. En ninguno de los insultos que profería en inglés y en español faltaba la palabra "negro", pero el que emitía los gritos era tan negro como el otro, y ambos eran isleños. También me impactó que los isleños no se preocuparan por lo que acontecía. El gobierno de alguna manera tuvo que estimular o impulsar a la gente a enviar los hijos a estudiar.

Más tarde me llamaron a ocupar algunos cargos y estuve con el gobierno nacional en áreas que no tenían que ver con la política. En el gobierno de Lleras pasé de la Caja Agraria a la primera oficina de la superintendencia de comercio exterior para el control de cambios. Aguanté dos años, no pude más. No tengo queja de los funcionarios que traté en esa época. Fueron en su mayoría profesionales que entendieron el fenómeno de San Andrés. También tuve mi etapa de funcionario local.

Fui secretario de hacienda pero no pasé el periodo de prueba porque a los sesenta días hice la carta de renuncia más corta que he hecho en toda mi vida. Me tocó ver con lo que quedaba de la fábrica de grasas, que se había creado desde el gobierno de Rojas. Velodía Tovar hablaba del general como de un Dios. Según testimonio de algunos isleños, Rojas les inventó la fábrica. Y eso valía mucha plata, eran instalaciones impresionantes. La fábrica debía abastecer al país de aceite de coco, de copra y coco, y atrajo a mucha gente del campo. Pero con las plagas del coco no hubo con qué producir, y el mercado se cayó. El Instituto de Fomento Industrial (IFI) entregó entonces la fábrica a una firma que tenía mucho qué ver con gente de Bucaramanga y que, al parecer, tenían algo de respaldo de la casa López. Pero no había cosechas de coco. Los nuevos dueños tuvieron que importar copra de Filipinas y descubrieron que era más rentable traer el aceite elaborado en canecas y lo único que se hacía en San Andrés era poner una etiqueta a la lata.

Yo estaba de funcionario y cuando vi las latas en el aeropuerto, pregunté cuánto pagaban, pues las exoneraciones de impuestos del puerto libre eran sólo para lo que se consumía en la isla, no para lo que salía de ella. Paré eso, le informé al

intendente, quien aceptó que pidiera el pago de impuestos para la intendencia. Pero cuando volví a salir otra vez vi los trailer de aceite pese a mi memorando al aeropuerto. Llamé al jefe del aeropuerto y me dijo: si, señor secretario, pero el intendente me dijo que el cargamento tenía que salir y donde manda capitán no manda marinero. Hice la carta de renuncia irrevocable y no volví.

Uno hace política todos los días a su manera. Yo tuve una experiencia directa y sentí que era un desperdicio de mi vida. Fui consejero intendencial en los setenta, una época en que no había tanta corrupción, y cuando se acabó esa vigencia les dije que no me volverían a ver en eso. Llegué con entusiasmo, con ideas progresistas. Si mal no recuerdo presenté once proyectos de acuerdo entre los que estaba mejorar el aeropuerto, el cobro mecanizado de impuestos y otros. Pero a los políticos no les gusta ni les conviene que haya orden. Mis compañeros de bancada en esos dos años –algunos todavía están en esos cargos– se limitaban a presentar proyectos, la mayoría para notas de estilo, felicitar a gente por no se qué cosa, cambiarle el nombre a las calles... Recuerdo que como López estaba de presidente, a un político local se le ocurrió cambiarle el nombre a la avenida de las Américas por Avenida María Michelsen de López, en honor a la señora madre del presidente. Yo me opuse. Me paré y dije que respetaba su memoria pero que podían cambiarle el nombre y se seguiría llamando América porque así la conocía la gente, y que más bien debíamos todos ponernos a cumplir el deber. Me insultaron, me dijeron que como liberal cómo me oponía y fui el único que voté en contra. Aunque no he cambiado y he seguido pensando lo mismo, yo he sido de casi todo, camilista, guevarista, liberal, conservador. Lo que pasa es que encuentro que a través de los años la vida le va enseñando a uno.

Luego me llamaron a Inravisión, y ahí estuve catorce años. Dirigí la estación en San Andrés. Intenté hacer cosas guardando los equilibrios pues consideraba que ese medio, en esa época, cuando aún no había TVcable ni competencia, era de gran responsabilidad. Era la ventana local. La programación de la estación era autónoma, la hacíamos aquí y las emisiones hacían énfasis en lo isleño, mostraban lo local. No evolucionó porque se

pretendió politizar y yo tuve muchas dificultades con los políticos locales y con los gobernadores. La tendencia de ellos era apoderarse de un medio tan penetrante. Tuve un grandísimo encontronazo con Simón González. Lo aprecio y valoro por lo que hizo pero en algunas cosas era un reyecito. Chocamos un par de veces.

En una ocasión en que la isla estaba sin agua y hacíamos un noticiero local de televisión, un operador del acueducto me dijo: hay un problema en los pozos, llegaron camiones, partieron tubos, dañaron unas bombas y se fueron. Nos hemos cansado de llamar pero nadie viene a resolver nada. Le pedí echar al aire el testimonio y estar consciente de las retaliaciones. Era un noticiero mitad en inglés y mitad en español. El gobernador me llamó y me dijo: hay cosas más importantes que se dejan marginales en las noticias. Pero eso era una realidad y creo que era mi deber decirlo. Acabé el noticiero y me dije: si uno no puede cumplir una función independiente de las presiones y va a ser inferior a la responsabilidad, hay que renunciar.

Los programas los hacíamos con las uñas, no me interesaba el patrocinio comercial. El equipo de video era mío, quemé fiebre, y me decía: uno tiene que aportarle algo a esto. En el departamento quisieron convertir eso en un canal regional, me llamaron un par de veces a la asamblea y les planteé cuáles eran las condiciones, pero lo que les interesaba era tener el control. Al ser Telecaribe una sociedad de los departamentos, el manejo se hacía a través de los gobernadores. En alguna etapa lograron meter a San Andrés y hasta a Providencia en una escritura de constitución, cuando aquí no se recibía señal nacional de allá por inconvenientes técnicos que no se han podido superar. Me opuse a que nos agruparan. Soy de Barranquilla pero esto es otro mundo, otro cosmos, y eso no se entiende y se puede prestar para la manipulación. Allá querían hacerlo porque les daba recursos adicionales a los canales regionales. Así que terminaron botándome y desde entonces no volví por allá.

Es lamentable que la estación autónoma Simón Bolívar, que generaba su programación aquí, no haya podido seguir. Al producirse los cambios de situación promovidos por la Constitución del

91, Inravisión se quedó sin muchas posibilidades de sostener una estación como ésta. Trataron de convertirla en TVIslas para que el departamento se encargara del canal pero eso terminó en nada. He escuchado de algunos intentos de financiación comercial y del Estado, pero Inravisión, fuera de facilitar las instalaciones, no tiene posibilidad de hacerle frente a nada más. Yo firmé el comodato de ese terreno que el gobernador del departamento le dio a Inravisión, pero esos recursos - que hubieran podido ser un buen medio de educación, de entretenimiento, de autoctonomía cultural - se han estado desperdiciando. La solución no es la piratería sin control de nadie. Eso es muy delicado, tiene que tener unas reglas de juego, una supervisión. Ahí es donde surgen las inequidades pues a las cadenas establecidas sí se les piden licencias y cumplimiento de requisitos.

Por fortuna, Dios me dio para vivir y eso me tiene en otras actividades que me permiten no depender de los puestos. Desde "pelao" hago periodismo porque me gusta, pero no vivo de lo que reproduczo sino de lo que produzco. En 1978 -hace 24 años- me vinculé a *El Espectador*. Antes había estado con el *Diario del Caribe* por un tiempo y hacía radio deportiva. Después de que me retiré de Inravisión estuve sin micrófono como dos años, hasta que Caracol me pidió que hiciera un programa y conduje *Opinión* durante siete años. Cuando se acabó empecé con *Opiniones en internet* y como periódico. Al mismo tiempo siempre he desarrollado actividades particulares y comunitarias. Inventé el Minirey con socios que ponen el capital y yo pongo la mayor parte del trabajo. Llevo 18 años en la junta de la Cámara de Comercio, nunca nombrado por el gobierno sino elegido por los afiliados. Llega un momento en que uno se satura y, además, es bueno dejar descansar a la gente.

El puerto libre y los problemas de tierras

No se por qué razón Rojas Pinilla miró hacia San Andrés. Leyendo distintos documentos en ninguna parte aparece que antes de su visita hubiera estado aquí o se hubiera interesado por la isla. Se supone que éste era un territorio abandonado y que la mejor forma para darle presencia nacional era volverlo un puerto libre para que

éste generara una parte de los ingresos que San Andrés necesitaba, pues la isla no podía producir excedentes.

En 1964, el gobierno decidió ponerle fin al puerto libre. El cierre se originó por decisión de un ministro, que resolvió, por sugerencia de Fenalco, que San Andrés estaba convirtiéndose en un roto fiscal por las mercancías que de aquí se despedían al continente. Eso era parcialmente cierto. Por el gobierno, a partir de esa fecha San Andrés hubiese retornado a lo que antes era, pero de la isla hubo una petición de intervención. Después de ese cierre vinieron las limitaciones y los impuestos para ir ajustando la situación.

Conozco un poco el tema de las tierras. Leyendo o escuchando testimonios de la gente de antes, se ve que la sociedad isleña era feudal. La tierra no era de posesión colectiva como ahora se argumenta para justificar su recuperación. Desde cuando yo llegué a la isla, tuve relación con los asuntos de la tierra para el trabajo que hice con la Caja Agraria. Ahí pude verificar que la mayor parte del territorio era posesión básicamente de tres familias: los Gallardo, los Tovar y los May. Los demás isleños tenían su pequeña granjita o su patio.

Los isleños tienen razón cuando dicen que se cometieron abusos en el traspaso de esas pequeñas finquitas, pues hubo especuladores de tierras que compraron barato aprovechando la ingenuidad o la ignorancia y las convirtieron en lotes de engorde. Es cierto que hubo algo de eso. Pero siempre me ha hecho la pregunta: ¿por qué líderes nativos no enfrentaron ese proceso cuando comenzó? ¿por qué hubo algunos de ellos que incluso participaron de esa compra o permuta? Ahora se enjuicia sólo a los pañas, pero en 1953 había aquí personalidades isleñas que tenían capacidad de representación del resto de los isleños y que ya habían acaparado muchas tierras. Como cabezas de familia no pueden ser sacados del paseo. Si se quiere hacer un juicio de responsabilidad hay que partir desde esa época y preguntarse con qué "avivatadas" se los despojó, cuáles de esas "avivatadas" eran cometidas por isleños, quién los desamparó, cuáles ventas fueron negocios como cualquier otro. Cuando se habla de recuperación de tierras o se pide que se devuelva todo lo que está junto a la playa y que

se tumbe todo lo que no sea de isleños, se está incubando un radicalismo sin pies ni cabeza. Ni Fidel Castro hizo una cosa de esa naturaleza.

El impacto de los cambios institucionales

Hasta los setenta, aquí las elecciones y la política pasaban como el agua cristalina. No manchaban a nadie, no herían a la gente, no ofendían, todo el mundo las respetaba y eran más o menos desapercibidas por la población que estaba estudiando o haciendo plata. No eran actividades rentables ni tenían la parafernalia de ahora. ¿Qué hizo desatar los apetitos políticos? Lo primero fue el cupo en la Cámara de Representantes, por el atractivo de pasar cuatro años con ingresos asegurados y sin jefes. Luego, la elección de alcaldes y de gobernador. Después, la conversión de la intendencia en departamento. Fui uno de los pocos que me opuse a eso porque pensé que era un error que podría hacernos perder las ventajas que teníamos y no iba a mejorar la situación, pues aunque tuviéramos menos capacidades presupuestales no estábamos homologados con el resto del país. Pero unos políticos convirtieron el tema en bandera electoral y convencieron al gobierno y la gente de que era lo mejor. Y quedamos clasificados en el mismo rango del resto del país. Al ser departamento, el concejo intendencial, a cuyos miembros no se les pagaba, se volvió asamblea con pago a los diputados. Se aceptó pagar para que no serrucharan, pero serruchan igual y ganan sueldo por hacerlo. Eso se volvió atractivo. La política se convirtió en competencia, en botín para llegar a cargos y repartir. Comenzaron las rivalidades, las ofensas en las campañas. Es curioso que la democracia produce todo eso.

Claro que aquí se clonó lo más podrido del sistema electoral que se practica en el continente, se trajeron ese tipo de costumbres y aquí se le aportó una modalidad nueva, sobre todo en Providencia. Gente que quería emprender algo se encontraba con un político y éste le mostraba que era más fácil y rentable ocupar un puesto público. Así los políticos se hicieron a un patrimonio electoral que no se habían ganado por su capacidad para conquistar cosas buenas para las islas, y así acabaron también con los propósitos individuales. En

San Andrés, pero sobre todo en Providencia, desarraigaron a la gente de lo que hacían para producir, para generar riqueza y la convirtieron en una isla de burócratas que pertenecía a la nómina sin hacer nada. Eso llegó a unos extremos que llevaron a que, al homologar el caso del archipiélago con el resto del país, se vio que eran inaplazable hacer los ajustes que se realizaron hace tres años.

Hay que tener en cuenta que se han hecho críticas demasiado crueles contra la burocracia local, y hay un ángulo de ese fenómeno que no ha sido suficientemente analizado ni se ha entendido eso desde el punto de vista humano. Como en las islas no hay industria que absorba mano de obra ni una actividad autónoma que ocupe a tanta gente, entonces pasa una de dos: logran conseguir que sus hijos se conviertan en profesionales pero regresan a las islas, no hay suficiente campo para desarrollar una profesión y tienen que emigrar, o terminan prostituyendo la profesión, regalándose, embruteciéndose. En algunas áreas hay saturación de médicos, abogados, arquitectos, que son las tres profesiones más populares. Esa presión social de profesionales que no tienen campo en la actividad privada empujan hacia la única fuente generadora de empleo, el gobierno. Eso hizo que el departamento tuviera 1.300 funcionarios cuando se podía manejar con 200 y hasta sobran. Pero la verdad es que hubo un manejo distorsionado, y parte de la hecatombe se debe a que, teniendo profesionales en planeación y otras áreas, se contrataban estudios por fuera.

El 75% de las dificultades de San Andrés con el país se ha generado por culpa de los mandos medios. He sido testigo de las posiciones de los presidentes, pues con varios de ellos he tenido la fortuna de conversar. Pero cuando las decisiones pasan a escalones más bajos de la burocracia, cada uno interpreta las decisiones y normas como le da la gana, y ahí no funciona la voluntad del presidente ni del Congreso. Estamos donde estamos por culpa de esos desentendimientos y porque cuando estamos en una posición más o menos importante nos convertimos en pequeños tiranos. Los separatistas están en los escritorios en Bogotá, los que reclaman aquí se dejan señalar con los dedos de la mano, pero esa actitud es

casi siempre incubada por actitudes de los mandos medios en Bogotá porque generan los hechos que provocan estas reacciones.

El influjo del narcotráfico

Hay otro factor que contribuyó a la situación actual y que se convirtió en tabú: la verdadera dimensión de lo que hizo el narcotráfico. Ese fue uno de los ingredientes que más ha distorsionado el camino normal que debía haber seguido la isla. San Andrés aún no se recupera del daño que le hizo el narcotráfico en todos los sentidos. Repartió plata y amenazas a borbotones, acabó con el concepto de moralidad, colocó el archipiélago en el mapa de sitios proscritos en el ámbito internacional, fue una fuente de enriquecimiento rápido. Para otros fue una desgracia que acabó con familias, distorsionó la relación económica y el mismo ser isleño, y resquebrajó el esquema social de las islas. Ya los narcotraficantes no tienen tanta influencia y, además, ya no operan con tanta desfachatez, pero las ramificaciones son bien profundas e indudablemente siguen moviendo de algún modo cosas políticas. Eso ha sido de las peores cosas que le pudieron pasar a San Andrés.

La tensión étnica y los reclamos de autonomía

En los últimos cuatro años ha habido unos ingredientes nuevos que han enrarecido el ambiente. Aquí podían existir actitudes contrapuestas por razones económicas entre distintos sectores, pero tradicionalmente había un sentimiento de que estábamos embarcados en el mismo cuento. También existía, sin proponérselo nadie, una especie de ecumenismo. No había prejuicios raciales, ni existía tanta puja por el poder con la idea de que da status y bienestar individual.

En lo que ha venido reclamando este grupo de personas conocidas como raizales, amparándose mucho en la palabra del Señor, hay reivindicaciones justas, entendibles, razonables. Desafortunadamente, también inculcan ideas radicales que impiden conseguir los objetivos que pretenden.

Los nativos se quejan repetidamente que han estado marginados y piden autonomía. Con mucha ligereza se acusa al gobierno central de

abandono, de desdeño. Sin duda, el gobierno ha cometido errores, pero la nación le ha dado a la isla un apoyo económico, logístico, en infraestructura; ha consentido a San Andrés. No ha tenido una visión orgánica sobre el archipiélago porque el Estado no la ha tenido sobre el país. La isla era vista por los gobernantes como algo que hay que consentir, que aderezar, porque nunca le había creado problemas al país en ningún sentido. Esas quejas de que han estado abandonados, que no se les ha atendido, que no se les ha dado poder, no son ciertas. El 70% de los profesionales nativos que hoy existen han estudiado en el continente, algunos subsidiados por la nación o por las fuentes locales.

Por otra parte, desde Turbay, el gobierno se sintió con el compromiso de darle los cargos a los nativos. Un ministro de trabajo me preguntó qué opinaba si se nombraba únicamente a isleños en los cargos públicos, le respondí: les van a hacer un daño terrible si solo van a nombrar a alguien en un cargo por el solo hecho de ser nativo. Eso no tiene ningún sentido. En igualdad de condiciones hay que darle prelación al nativo porque es la tierra de sus ancestros. Pero ser nativo no es un *handicap* o una ventaja. Pónganlos a emular o los van a volver zánganos.

El país ha querido siempre ayudar a los isleños y eso está bien. Pero hasta en los establecimientos educativos del país se les ha tenido demasiado consentimiento y sobre algunas personas pongo en duda que hayan cumplido con todos los requisitos para graduarse. Otra cosa distinta es si la persona hace un esfuerzo y se gana el diploma o el puesto. De lo contrario, el primer perjudicado es el isleño. Hay gente que han tenido que botar del puesto por incapaz o por otras cosas parecidas.

Plata también ha habido en las islas pero se la han robado. Estoy en contra de propuestas que han sido formuladas incluso hasta por algunos pañas, que le piden al gobierno nacional que condone la deuda que tiene el departamento. Encima de que se han robado los recursos, se monta un discurso con una sustentación pueril.

Es razonable que pretendan autonomía para la región, pero no solo para los nativos. He compartido

muchas de esas solicitudes pues hay decisiones que no pueden seguir en cabeza de funcionarios nacionales mediocres. Pero la autonomía que están planteando tiene más de estandarte retórico que de realidad. En los últimos años, los cargos de decisión han estado en manos de isleños y así lo habían admitido y aceptado los pañaman, pero ellos no han sabido hacer uso de ese poder. Tampoco los líderes raizales se han puesto a analizar cómo sería el archipiélago como territorio completamente autónomo, que viva de sus propios recursos, cómo sobreviviría. A veces toman sin mucho juicio el caso de islas pequeñas del Pacífico o del Caribe. Desde mi punto de vista, no creo que haya naciones u organizaciones extranjeras quieran pescar en río revuelto. San Andrés sería un lastre para los gringos. Los raizales hablan de Inglaterra, pero países como ése quieren más bien deshacerse de lo que les representa costos.

Si es necesario, que el país decida el estatuto que debe tener el archipiélago y haga algunos ajustes. Pero no debe partir sólo de lo que dice la Constitución. Tampoco creo que el tratamiento que tenga que dársele a los isleños sea bajo la figura de indígenas o de comunidades negras, pues nunca ha existido aquí el manejo colectivo del territorio o de la autoridad. No veo que llamarse así le de salida a los problemas de San Andrés, aparte de lo que pueda darle a los que propagan por esa reivindicación. Algunos se aferran a sus posiciones hasta con necia terquedad pero en general les falta consistencia. Desconocen que éste ha sido un pueblo que siempre ha tenido que ver con pañamanes, fueran de Panamá, Cartagena o hasta de la misma Nicaragua. Prohibir el vallenato y obligar a oír polkas es desconocer que la influencia de otras culturas ha incidido en el gusto y las actitudes de la gente, y eso no se puede borrar.

En las islas no había tanta prevención y beligerancia como en los últimos años. Se está importando un tipo de actitudes colectivas que no se conocían en San Andrés y que contribuyen a polarizar a la población, a partir de la condición racial de cada etnia o grupo social. No tienen en cuenta que están incubando que otros, como los inmigrantes desempleados que se sienten cada día más ofendidos y no tienen nada que perder,

reaccionen en algún momento. A eso le temo. Al día que estalle una explosión social que no distinguirá entre unos y otros.

Yo promoví al gobernador Ralph porque siendo una persona muy religiosa y, conociendo lo que piensan los adventistas sobre la rectitud y la honestidad, valía la pena acompañarlo. Pero se volvió aprehensivo. A pesar de ser una persona noble entró en conflicto con todo el mundo. No quiso aprender ni tuvo voluntad de solucionar los problemas para sacar la isla del atolladero. Las crisis endémicas, de toda la vida, se volvieron un *mare-magnum*. Trasladó los problemas a la polarización que va a ocurrir con la próxima elección de gobernador y que van a ser explotados por politiqueros que no son isleños para proyectar gente que a lo mejor ni capacidad tiene para ejercer esa responsabilidad. Es difícil que se repita el fenómeno anterior, que los votos de continentales vayan desprevenidamente hacia un nativo y viceversa.

Mientras tanto, no se sabe qué va a pasar con las futuras generaciones. Al ritmo en que avanza el deterioro de la situación, no sabemos cuál sea la posibilidad de subsistir sin los subsidios del país. Hay que mejorar los canales de entendimiento entre la isla y el continente. El único resultado que ha producido el movimiento raizal es el de advertirle al resto de la población que las cosas no iban a ser como hasta ese momento. Pero en cuanto a las reivindicaciones que reclaman, no veo nada trascendental.

En el movimiento hay personas necias que, como en todas partes, encuentran en estas situaciones una manera de proyectarse, de convertirse en líderes, de tener protagonismo. Pero deben desmontarse de la expresión de un sentimiento revanchista, de retaliación. Si no se superan esos resquemores, el nativo va a quedarse empantanado en una serie de lastres. En lugar de irradiar amargura tienen que pensar más en sus hijos, en lo que viene adelante. Desorientados pueden estar cometiendo un error histórico que los perjudique más que lo que los pueda beneficiar. Con todo lo que los he conocido se también que hay gente muy sensata y valiosa, que puede ponerle sensatez a la situación.

Las pretensiones nicaragüenses

La pretensión de Nicaragua es cíclica. Como en el resto de Latinoamérica la política se alimenta de nacionalismos para tocar una fibra que mueva a la gente. Eso fue claro en 1980, cuando el primer alboroto de Ortega. Los "nicas" ricos están más preocupados en cómo van a conseguir la comida del día siguiente, y no tienen suficiente

ilustración para saber la historia ni qué está pasando. Aquí hay la idea de que los reclamos de Nicaragua le han servido paradójicamente a las islas porque les atrae la atención del gobierno. No creo la Corte de la Haya adopte una decisión contraria a Colombia, y si así llegase a suceder, ni isleños ni *pañas* quieren ser "nicas".